

chocó ver tres niñas que agujeraban con un palito un huevo duro; creyendo que en su interior había un tesoro, le desparramaban por el suelo, y luego iban recogiendo poco a poco con gran paciencia, como si fuesen peras. Al que tenía en su cesto algo extraordinario, le rodeaban ocho o diez con la cabeza inclinada para mirar, como habrían mirado la luna dentro de un pozo. Lo menos había veinte alrededor de cierto arrapiezo, como un huevo de alto, que tenía en la mano un cucurucho de azúcar, y todos iban a hacerle cumplidos para que les permitiera mojar el pan allí; él daba permiso a unos y a otros a fuerza de súplicas; mas sólo concedía que le chupasen un dedo después de haberlo metido en el cucurucho.

Mi madre, en esto, había vuelto al jardín, y acariciaba ya a uno, y a otro. Muchos le seguían y se le echaban encima pidiéndole un beso, como si mirasen a un tercer piso, abriendo y cerrando la boca, como para pedir la papilla. Uno le ofreció un casco de naranja mordido ya; otro una cortecita de pan; una niña le dio una hoja; otra le enseñó con grande seriedad la punta del dedo índice, donde, mirando bien, se veía una ampollita microscópica que se había hecho el día antes tocando la llama de la luz. Le ponían ante sus ojos como grandes maravillas los insectos pequeñísimos, que yo no sé cómo los veían y los recogían, tapones de corcho partidos por la mitad, botoncitos de camisas, florecillas que cortaban de los tiestos. Un niño con una venda por la cabeza que quería que a toda costa le oyesen, le contó no sé qué historia de una voltereta, de que no pude comprender ni palabra; otro se empeñó en que mi madre se inclinase, y le dijo al oído: "Mi padre hace escobas". En el entretanto mil desgracias ocurrían en todas partes, que hacían acudir a las maestras: niñas que lloraban porque no podían deshacer un nudo del pañuelo; otras que se disputaban a arañazos y gritos dos semillas de manzana; otro niño que se había caído boca abajo sobre un banco derribado, y sollozaba sin poder levantarse.

Antes de salir mi madre, cogió en brazos a tres o cuatro y entonces de todos lados vinieron corriendo para que también los cogiera, con las caras manchadas de yema de huevo y de zumo de naranja; quién la agarraba de la mano; quién la cogía un dedo para ver la sortija; quién le tiraba de la cadena del reloj, y quién se esforzaba por tocarle las trenzas: "¡Por Dios! —decían las maestras—; ¡le estropean a usted todo el vestido!" Pero a mi madre nada le importaba el vestido, y siguió besándoles, y ellos echándose encima, los primeros con los brazos extendidos como si quisieran trepar, los más distantes tratando de ponerse en primera fila,

metiéndose por entre todos. "¡Adiós!, ¡Adiós!, ¡Adiós!" todos gritaban. Por fin mi madre pudo escaparse del jardín. Todos fueron corriendo a asomarse por entre los hierros de la verja para verla pasar y sacar los brazos fuera saludándola, ofreciéndole todavía pedazos de pan, bocaditos de nisperos, cortezas de queso, y gritando a unísono: "¡Adiós!, ¡Adiós!, ¡Adiós!, ¡Vuelve mañana! ¡Que vengas otra vez!". Mi madre, al salir, todavía acarició aquellas cien manecitas, pasando la mano por ellas como sobre guirnaldas de rosas, y una vez en la calle, toda cubierta de migajas y de manchas, ajada y descompuesta, con una mano llena de flores y los ojos llenos de lágrimas, se sentía contenta como si saliera de una fiesta. Aun se oía el vocerío de dentro, cual gorjeo de pajarillos que dijeran: "¡Adiós!, ¡Adiós!, ¡Adiós!, ¡Ven otra vez, señorita!"

EN CLASE DE GIMNASIA

Miércoles 5.—En vista de que el tiempo sigue hermosísimo, nos han hecho pasar de la gimnasia del salón a la de aparatos, que están colocados en el jardín. Garrón estaba ayer en el despacho del director cuando llegó la madre de Nelle, aquella señora rubia, vestida de negro, para suplicarle que dispensase a su hijo de los nuevos ejercicios. Cada palabra le costaba un esfuerzo, y hablaba teniendo una mano puesta sobre la cabeza de su muchacho. "No puede..." dijo al director. Pero Nelle se puso tan angustiado al ver que lo excluían de los aparatos y que tenía que sufrir otra humillación más... "Ya verás, mamá —decía—, cómo hago lo que los demás". Su madre le miraba en silencio, con expresión de afecto y de piedad. Luego dudando, le hizo observar: "Pero temo que sus compañeros... Quería decir..., temo que le hagan burla". Pero Nelle respondió: "¡No me importa!... Y luego está Garrón. Me basta que esté él y que no se ría". En vista de esto lo dejaron venir. El maestro, aquel que tiene una herida en el cuello y que estuvo con Garibaldi, nos llevó en seguida a las barras verticales, que son muy altas, y era preciso que trepásemos hasta la punta y que nos pusiéramos en pie sobre el penúltimo eje transversal. Derroso y Coreta se subieron como dos monos; también el pequeño Precusa subió con soltura, aunque entorpecido por su chaquetón, que le llegaba hasta las rodillas; para hacerle reír, mientras iba subiendo, todos le decían su estribillo: "Dispénsame, dispénsame". Estardo bufaba, se ponía colorado como pavo, apretaba los dientes que parecía perro rabioso; pero aun cuando estuviese reventado habría llegado a lo alto, como llegó, en efecto; y también Nobis, que al lle-



gar arriba adoptó una actitud de emperador; pero Votino se resbaló dos veces, a pesar de su bonito traje nuevo de rayitas azules, hecho exprofeso para la gimnasia. Para subir con más facilidad, todos se habían embadurnado las manos con pez griega, colofonia, como la llamaban y ya se sabe, el traficante de Garofi es quien provee a todos, vendiéndola en polvo, a cinco céntimos cartucho, y ganándose otro tanto. Luego tocó a la vez a Garrón, que subió mascando pan, como si no hiciese nada, y creo que hubiese sido capaz de subir a uno de nosotros montado en las espaldas; hasta tal punto es vigoroso y fuerte aquel torete. Después de Garrón, vino Nelle. Apenas le vieron agarrarse a la barra con sus manos largas y delgadas, muchos comenzaron a reír y a embromarle; pero Garrón cruzó sus gruesos brazos sobre el pecho, y echó en derredor una mirada tan expresiva, que todos entendieron claramente que soltaría cuatro lapos al que se atreviera, aun delante del maestro; así, que todos dejaron de reír. Nelle comenzó a trepar; le costaba mucho trabajo, ¡pobrecillo!: se le ponía la cara morada, respiraba muy fuerte; le corría el sudor por la frente. El maestro dijo: “¡Baja!” Pero él no hacía caso, se obstinaba y hacía esfuerzos; yo esperaba verlo desplomarse medio muerto. ¡Pobre Nelle! Pensaba que si hubiese sido como él y me hubiese visto mi madre, ¡cómo habría sufrido, pobre madre mía! Y pensando en esto, sentía querer tanto a Nelle, que hubiese dado no sé qué porque al fin llegase arriba, o poderle sostener por debajo sin que me viesen. Entre tanto Garrón, Deroso y Coreta

decían: “¡Arriba, Nelle, arriba; fuerza; todavía otro empujón; ánimo”. Y Nelle hizo un esfuerzo violento, lanzando un gemido, y se encontró a dos cuartas del travesaño. “¡Bravo! —gritaron todos—. ¡Animo! ¡Ya no falta más que otro empujón!” Y Nelle se agarró al travesaño. Todos le aplaudieron. “¡Bravo! —dijo el maestro—; pero ya basta; bájate”. Nelle quiso subir hasta la punta como los demás, y después de forcejear un momento llegó hasta a agarrarse con los dos brazos al último travesaño; luego puso las rodillas en el penúltimo, y por fin, los pies; ¡ya está de pie!, sin poder respirar, pero sonriente. Volvimos a aplaudirle, y él miró entonces hacia la calle. Volví la cabeza hacia aquel lado, y al través de las plantas que cubren las verjas del jardín, vi a su madre que paseaba por la acera, sin atreverse a mirar. Nelle bajó, y todos le festejaron; estaba excitado, encendido; sus ojos resplandecían, y no parecía el mismo. Luego, a la salida, cuando su madre se le acercó y le preguntó algo inquieta abrazándole: “Y qué, pobre hijo, ¿cómo ha ido?, ¿cómo ha ido?”, todos los compañeros respondieron: “¡Lo ha hecho muy bien! Ha subido como nosotros. Es fuerte. Es ágil. Hace lo que los demás”. ¡Era preciso ver entonces el placer de aquella señora! Nos quiso dar las gracias y no pudo; apretó la mano a tres o cuatro; hizo una caricia a Garrón, se llevó consigo al hijo, y les vimos por un gran trecho que iban de prisa, hablando y gesticulando entre sí, tan contentos como no se les había visto nunca.



EL MAESTRO DE MI PADRE

Martes 11.—¡Qué expedición tan hermosa hice ayer con mi padre! He aquí cómo. Anteayer, al comer, leyendo el periódico, mi padre saltó de repente con una exclamación de maravilla. Luego añadió: “¡Y yo que lo creía muerto hacía veinte años! ¿Sabéis que todavía vive mi primer maestro de escuela. Vicente Croseti, que tiene ochenta y cuatro años? Veo que el Ministerio le ha dado la medalla de benemérito por sesenta años de enseñanza. Sesenta años... ¿lo enténdéis? Y no hace más que dos que ha necesitado de dejar de dar clase. ¡Pobre Croseti: Vive a una hora de ferrocarril de aquí, en Condove, el pueblo de nuestra antigua jardinera de la quinta de Chieri”. Y luego añadió: “Enrique, iremos a verle”. Y en toda la tarde no se habló más que de él.

El nombre de su maestro, de escuela le traía a la memoria mil cosas de cuando era muchacho, de sus primeros compañeros, de su madre, ya difunta: “Crosi —exclamaba— tenía cuarenta años cuando yo iba a la escuela. Me parece estarlo viendo. Un hombrecillo un poco encorvado ya, con los ojos claros y la cara siempre afeitada. Severo, pero de buenas maneras, que nos quería como un padre, sin dejarnos pasar nada. A fuerza de estudio y de privaciones había llegado a maestro desde trabajador del campo. Un hombre honrado. Mi madre le profesaba gran afecto, y mi padre le trataba como a un amigo. ¿Cómo ha ido a parar a Condove desde Tu-

rín? No me reconocerá, ciertamente. No importa. Le reconoceré yo. Han pasado cuarenta y cuatro años. ¡Cuarenta y cuatro años! Enrique, iremos a verle mañana”. Ayer hubiese querido que Garrón nos acompañase; pero no pudo, porque tiene a su madre enferma. Era una hermosa mañana de primavera. El tren corría por entre verdes prados y setos floridos; se percibía un aire cargado de olores. Mi padre estaba contento, y a cada paso me echaba un brazo al cuello y me habla como a un amigo, mirando al campo. “¡Pobre Croseti! —decía—. El es el primer hombre que me quiso después de mi padre. No he olvidado nunca ciertos buenos consejos suyos, ni tampoco algunos regañones desabridos que me hacían volver a casa con el corazón triste. Tenía las manos gruesas y pequeñas. Aun le estoy viendo entrar en la escuela; ponía su bastón en un rincón, colgando su capa en la percha, siempre con los mismos movimientos. Todos los días el mismo humor, concienzudo, atento y lleno de cariño, como si siempre fuera la primera vez que diera clase. Le recuerdo como si ahora mismo me gritase: “Chico, eh chico. El índice y el del corazón sobre la pluma”. ¡Cómo habrá cambiado después de cuarenta años!” Apenas llegamos a Condove, fuimos en busca de nuestra antigua jardinera de Chieri, que tiene una tenducha en una callejuela. La encontramos con sus muchachos, nos recibió con mucha alegría, nos dio noticias de su marido, que debe volver de Grecia, donde está trabajando hace tres años, y de su primera hija, que está en el colegio de sordomudos, en Turín. Luego nos enseñó la calle para ir a casa del maestro, a quien todos conocen.

Salimos del pueblo y tomamos un caminito en cuesta, flanqueada de setos en flor.

Mi padre ya no hablaba: parecía totalmente absorto en sus recuerdos, y tan pronto sonreía como sacudía la cabeza. De repente se detuvo, y dijo: “¡Ahí está: apostarí cualquier cosa a que es él”. Venía bajando hacia nosotros, por el caminillo, un viejo pequeñito de barba blanca, con ancho sombrero y apoyado en su bastón arrastraba los pies y le temblaban las manos. “El es”, repitió mi padre apresurando el paso. Cuando estábamos cerca, nos detuvimos. El viejo también se detuvo y miró a mi padre. Todavía tenía la cara fresca y los ojos claros y vivos. “¿Es usted —preguntó mi padre quitándose el sombrero— el maestro Vicente Croseti?” El viejo también se quitó el sombrero y respondió: “Yo soy”, con voz algo temblorosa, pero llena. “Pues bien —dijo mi padre cogiéndole la mano—; permita apretar su mano a un antiguo discípulo, y preguntarle cómo está. He venido de Turín para ver a usted”. El viejo le miró asombrado. Luego dijo: “Es demasiado honor para mí...

no sé... ¿Cuándo ha sido mi discípulo? Perdóneme si le pregunto. ¿Cuál es su nombre, por favor?" Mi padre le dijo su nombre, el año que había ido a su escuela y dónde, y añadió: Usted no se acordará de mí, es natural. ¡Pero yo le reconozco a usted tan bien!... El maestro inclinó la cabeza y se puso a mirar al suelo pensando y murmurando por dos o tres veces el nombre de mi padre; el cual, entretanto, lo miraba con los ojos fijos y sonriente.

De pronto, el viejo levantó la cara, con los ojos muy abiertos, y dijo con lentitud: "¿Conque... hijo del ingeniero?... ¿Aquel que vivía en la plaza de la Consolación?" "Aquel", respondió mi padre cogiéndole las manos. "Entonces... —dijo el viejo— permítame, querido señor, permítame", y habiéndose adelantado, abrazó a mi padre. Su cabeza blanca, apenas le llegaba al hombro. Mi padre apoyó la mejilla sobre su frente. "Tenga la bondad de venir conmigo" dijo el maestro. Y sin hablar se volvió y emprendió el camino hacia su casa. En pocos minutos llegamos a un corral, delante de una casa pequeña con dos puertas, una de ellas con el dintel blanqueado alrededor.

El maestro abrió la segunda y nos hizo entrar en un cuarto. Cuatro paredes blancas; en un rincón un catre de tijera, con colcha de cuadritos blancos y azules; en otro, la mesita con una pequeña librería; cuatro sillas y un viejo mapa clavado en la pared: ¡qué olor tan rico a manzanas!

Nos sentamos los tres. Mi padre y el maestro se estuvieron mirando en silencio un momento. "¡Ya, ya! —exclamó el maestro fijando su mirada sobre el suelo de ladrillos, donde el sol pintaba un tablero de ajedrez—. ¡Oh! me acuerdo bien. ¡Su señora madre era una señora tan buena!... Usted, en el primer año, estuvo una temporada en el primer banco de la izquierda, cerca de la ventana. ¡Vea usted si me acuerdo! ¡Me parece que estoy viendo su cabeza rizada". Luego se quedó un rato pensativo. ¡Era un muchacho vivo!... ¡Vaya! ¡Mucho! El segundo año estuvo enfermo de crup. Me acuerdo cuando volvió usted a la escuela, delgado y envuelto en un mantón. Cuarenta años han pasado, ¿no es verdad? Ha sido muy bueno al acordarse de su maestro. Han venido otros en años anteriores a buscarme, antiguos discípulos míos, un coronel, sacerdotes, varios señores". Preguntó a mi padre cuál era su profesión. Luego dijo: "Me alegre, me alegre de todo corazón. Se lo agradezco. Hacía tanto tiempo que no veía a nadie, bien tengo miedo de que usted sea el último". "¡Quién piensa en eso! —exclamó mi padre—. Usted está bien y es robusto; no debe decir semejante cosa". "¡Eh, no! —respondió el maestro—. ¿No ve usted este temblor? —y enseñó las

manos—. Esta es mala señal; me atacó hace tres años, cuando todavía estaba en la escuela. Al principio no hice caso; me figuré que pasaría. Pero, al contrario, fue creciendo. Llegó un día en que no podía ya escribir. ¡Ah! aquel día, la primera vez que hice un garabato en el cuaderno de un discípulo, fue para mí golpe mortal. Aun seguí adelante algún tiempo, pero al fin no pude más, y después de sesenta años de enseñanza tuve que despedirme de la escuela, de los alumnos y del trabajo. Me costó mucha pena. La última vez que di lección me acompañaron todos hasta casa y me festejaron mucho; pero yo estaba triste y comprendía que mi vida había acabado. El año anterior había perdido a mi mujer y a mi hijo único. No me quedaron más que dos nietos labradores. No hago nada y los días me parecen que no concluyen nunca. Mi única ocupación consiste en hojear mis viejos libros escolares y algún libro que me regalan. Allí están, —dijo señalando a la pequeña biblioteca—. Allí están mis recuerdos, todo mi pasado... ¡No me queda más en el mundo!" Luego, cambiando de improviso, dijo alegremente: "Voy a proporcionar a usted una sorpresa, querido señor". Se levantó, y acercándose a la mesa; abrió un cajoncito largo que contenía muchos paquetes pequeños, atados todos con un cordón, y con una fecha escrita de cuatro cifras. Después de buscar un momento, abrió uno, hojeó muchos papeles, sacó un amarillento, y se lo presentó a mi padre. ¡Era un trabajo suyo de hacía cuarenta años! En la cabeza había escrito lo siguiente: (el nombre de mi padre) y *dictado*, 3 de abril, 1838. Mi padre al momento reconoció su letra gruesa, de chico, y se puso a leer sonriendo. Pero de pronto se le nublaron los ojos. Yo me levanté para preguntarle qué tenía.

Me pasó un brazo en derredor de la cintura, y apretándome contra él, me dijo: "Mira esta hoja. ¿Ves? Estas son las correcciones de mi pobre madre. Ella siempre me duplicaba las *eles* y las *erres*. Las últimas líneas son todas tuyas. Había aprendido a imitar mi letra, y cuando estaba cansado y tenía sueño, terminaba el trabajo por mí. ¡Santa madre mía!" Y besó la página. "He aquí —dijo el maestro enseñando los otros paquetes—. ¡Mis memorias! Cada año ponía aparte un trabajo de cada uno de mis discípulos, y aquí están numerados y ordenados. Muchas veces los hojeo, y así, al pasar, leo una línea de uno, otra línea de otro, y vuelven a mi mente mil cosas que me hacen resucitar tiempos añejos. ¡Cuántos han pasado, querido señor! Yo cierro los ojos, y empiezo a ver caras y más caras, clases y más clases, cientos y cientos de muchachos, de los cuales Dios sabe cuántos han muerto ya. De muchos me acuerdo

bien. Me acuerdo bien de los mejores y de los peores, de aquellos que me han dado muchas satisfacciones, y de aquellos que me hicieron pasar momentos tristes; los he tenido verdaderamente endiablados, porque en tan gran número no hay más remedio. Ahora, usted lo comprende, estoy ya como en el otro mundo, y a todos los quiero igualmente". Se volvió a sentar, cogiendo una de mis manos entre las suyas. "Y de mí —preguntó mi padre riéndose—, ¿no recuerda ninguna travesura?" "¿De usted, señor? —respondió el viejo con la sonrisa también en los labios—. No por el momento. Pero no quiere esto decir que no me las hiciera. Usted tenía, sin embargo juicio, y era serio para su edad. Me acuerdo el cariño tan grande que le tenía su señora madre. . . ¡Qué bueno ha sido y qué atento al venir a verme aquí! ¿Cómo ha podido dejar sus ocupaciones para llegar hasta la pobre morada de un viejo maestro?" "Oiga, señor Croseti —respondió mi padre con viveza—. Recuerdo la primera vez que mi pobre madre me acompañó a su escuela. Era la primera vez que debía separarse de mí por dos horas, dejarme fuera de casa en otras manos que no fueran las de mi padre, al lado de una persona desconocida. Para aquella buena criatura, mi entrada en la escuela era como la entrada en el mundo, la primera de una larga serie de separaciones necesarias y dolorosas: era la sociedad que le arrancaba por primera vez al hijo para no devolvérselo jamás por completo. Estaba conmovida, y yo también. Me recomendó a usted con voz temblorosa, y luego, al irse, me saludó por la puerta entreabierta, con los ojos llenos de lágrimas. Precisamente en aquel momento usted le hizo un ademán con la mano poniéndose la otra sobre el pecho, como para decirle: "Señora, confíe en mí". Pues bien: aquel ademán suyo, aquella mirada, por la cual me di cuenta de que usted había comprendido todos los sentimientos, todos los pensamientos de mi madre; aquella mirada, que quería decir: "¡Valor!" aquel ademán, que era una honrada promesa de protección, de cariño y de indulgencia, jamás la he olvidado; me quedó esculpida en el corazón para siempre; aquel recuerdo es el que me ha hecho salir de Turín. Heme aquí, después de cuarenta y cuatro años, para decirle: "Gracias, querido maestro". El maestro no respondió; me acariciaba los cabellos con la mano, la cual temblaba, saltando de los cabellos a la frente, de la frente a los hombros.

Entretanto mi padre miraba aquellas paredes desnudas, aquel pobre lecho, un pedazo de pan y una botellita de aceite que tenía sobre la ventana, como si quisiese decir: Pobre maestro, después de sesenta años de trabajo, ¿es éste tu premio? Pero el pobre viejo es-

taba contento, y comenzó de nuevo a hablar con viveza de nuestra familia, de otros maestros de aquellos años y de los compañeros de escuela de mi padre, el cual se acordaba de algunos, pero de otros no; el uno daba al otro noticias de éste o aquél; mi padre interrumpió la conversación para suplicar al maestro que bajase con nosotros al pueblo para almorzar; él contestó con espontaneidad: "Se los agradezco, muchas gracias", pero pareció indeciso. Mi padre, cogiéndole ambas manos, le suplicó una y otra vez. "Pero ¿cómo voy a arreglarme —dijo el maestro— para comer con estas pobres manos, que siempre están bailando de este modo? ¡Es un martirio para los demás!" "Nosotros le ayudaremos, maestro", dijo mi padre. Aceptó moviendo la cabeza y sonriendo. "¡Hermoso día! —dijo cerrando la puerta de fuera: ¡un día hermoso, querido señor! Le aseguro que me acordaré mientras viva". Mi padre dio el brazo al maestro; éste me cogió por la mano, y bajamos el caminito. Encontramos dos muchachillas descalzas que conducían vacas, y a un muchacho que pasó corriendo con una gran carga de paja al hombre. El maestro nos dijo que eran dos alumnas y un alumno de segundo, que por la tarde se ponían los zapatitos e iban a la escuela. Era ya cerca de mediodía. No encontramos a nadie más. En pocos minutos llegamos a la posada, nos sentamos a una gran mesa, colocándose el maestro en el centro y empezamos en seguida a almorzar. La posada estaba silenciosa como un convento. El maestro rebosaba de alegría, y la emoción aumentaba el temblor de sus manos; casi no podía comer. Pero mi padre le partía la carne, le preparaba el pan y le ponía la sal en los manjares. Para beber era necesario que tomase el vaso con las dos manos, y aun así golpeaba contra los dientes. Charlaba mucho, con calor, de los libros de lectura, de los elogios que los superiores le habían otorgado, de los reglamentos de los últimos años, sin perder su fisonomía serena, más encendida que en un principio, con la voz simpática y la cara animada de un muchacho. Mi padre no se cansaba de mirarle, con la misma expresión con que a veces le sorprende yo cuando me mira en casa, pensando y sonriendo a solas, con la cabeza algo inclinada hacia un lado. Al maestro se le vertió el vino sobre el pecho, y mi padre se levantó y le limpió con la servilleta. "No, eso no, señor, no lo permito!", decía riéndose. Pronunciaba algunas palabras en latín. Al fin levantó el vaso, que le bailaba en la mano, y dijo con mucha seriedad: "A su salud, querido señor. . . a la de sus hijos y a la memoria de su buena madre!" ¡A vuestra salud, mi buen maestro!", respondió mi padre apretándole una mano. En el fondo de la habitación estaban el posadero y otros,